

LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS BALTICOS (1918-1922)

Antonio Fernández García
Universidad Complutense. Madrid

En una de las ondas de la Revolución de Agosto en la Unión Soviética, los tres estados bálticos, Estonia, Letonia y Lituania, han visto reconocida la independencia que demandaron a lo largo de los años de la perestroika. Se elabora este artículo en fechas inmediatas a ese reconocimiento por el Consejo de Estado de la U.R.S.S. el 6 de septiembre de 1991, efemérides que por la falta de perspectiva y la no disponibilidad de otra documentación que la hemerográfica corresponde al campo del periodista o politólogo antes que al del historiador. Con el nacimiento o renacimiento de estas jóvenes naciones se inicia un proceso de modificación de la geografía política europea de alcances difíciles de prever. En esta hora de cambios la contribución del historiador puede estribar en examinar el proceso de la primera independencia, cuyas declaraciones se formularon en el año 1918 dentro del contexto de cambios revolucionarios que desataron conjuntamente la primera guerra mundial y la revolución bolchevique, si bien extenderemos nuestro examen al período subsiguiente, hasta 1922, con el propósito de destacar las líneas maestras y los problemas principales que hubieron de afrontar los Estados emancipados de la órbita imperial rusa¹. Comprobaremos que en algunos puntos y problemas las situaciones de 1918 y 1991 presentan ciertos paralelismos, aparte de la continuidad ideológica en cuanto al proyecto de las fuerzas nacionalistas, aunque otros se hayan modificado de forma total.

En las fechas históricas de estas Repúblicas: 1918, 1940, 1991, el contexto internacional ha resultado determinante. Tanto la conquista de la independencia como la pérdida, fruto en 1940 del Pacto Molotov-Ribbentrop del año anterior, y la recupera-

¹ Anticipamos en este artículo un trabajo más amplio, en curso de elaboración, en colaboración con Luis Togores.

ción de la plena soberanía nacional en 1991, han acontecido como un aspecto específico de fenómenos internacionales de gran envergadura y en la encrucijada de acontecimientos que señalan el comienzo de una época nueva, plagada de interrogantes. Su pertenencia desde el siglo XVIII a la geografía política del imperio zarista y su anejiación al imperio bolchevique a partir de 1940 no han borrado su personalidad diferenciada, mucho más próxima a Occidente que el mundo eslavo; «un parentesco incontestable con los países centroeuropeos o escandinavos que hacen de esta región un espacio profundamente original», destaca Radvanyi². Por otra parte, dentro de lo que teóricamente era una entidad económica y social homogénea, la U.R.S.S., los índices la retrataban en una situación relativamente favorable³, tanto si nos atenemos a la demografía como a la economía o la cultura.

El tema de la independencia de los estados bálticos no ha merecido —que sepamos— atención en ningún momento por la historiografía española, pero cuenta con algunos especialistas de otras latitudes. Los historiadores bálticos anteriores a 1940, captados por una corriente de nacionalismo excluyente, en ningún momento afrontaron el estudio del espacio de las tres Repúblicas como un todo, un área integrada con ciertos problemas comunes por encima de los rasgos específicos de cada estado, mientras políticos y periodistas publicaban artículos inspirados en un ideal panbáltico. Después de 1940, la historiografía soviética silenció cualquier referencia a una personalidad histórica diferenciada y los estudios históricos tuvieron que realizarse y publicarse en Occidente, entre ellos la obra de Wittram, con ediciones en 1944 y 1954⁴, que pondera el componente germánico, o los trabajos de Germanis, Hellmann, Meissner, Schram, etc⁵. Merece destacarse la monografía de Georg Von Rauch⁶, centrada en los años de la independencia, que sostiene la tesis renovadora de que entre los tres estados apenas había existido relación dentro de la estructura imperial zarista y que sólo a partir de 1918 pueden encontrarse paralelismos en la dinámica política y los problemas que tuvieron que afrontar. Efectivamente, con la documentación que hemos manejado, procedente de instancias nacionalistas bálticas, se comprueba que la Reforma Agraria, el trato a las minorías étnicas y las relaciones con la Rusia bolchevique constituyen problemas comunes para los tres regímenes, identificados asimismo en su evolución hacia fórmulas políticas autoritarias, pero por otra parte se deduce la herencia común del zarismo, porque las estructuras agrarias o la heterogeneidad étnica de la población no son efectos de la independencia. No pueden negarse las di-

² Jean RADVANYI: *L'URSS: Régions et Nations*. París, Masson, 1990, p. 70.

³ Jean-Marie CHAUVIER: «Explosion des conflits en Unión Soviétique. Le temps de toutes les ruptures». *Le Monde Diplomatique*, mayo, 1990. Vid. también RADVANYI. o.c. cuadro 9.

⁴ R. WITTRAM: *Baltische Geschichte. Die Ostseelände Levland, Estland, Kurland. 1180-1918*. Munich, 1954.

⁵ El más completo catálogo bibliográfico, R. PEARSON (compilador). *Russia and eastern Europe. 1789-1985. A bibliographical guide*. Manchester University Press, 1989.

⁶ Georg von RAUCH: *The Baltic States. Estonia, Latvia, Lithuania. The Years of Independence. 1917-1940*. University of California Press, 1987. Incluye como Apéndice una bibliografía por capítulos.

ferencias, desde su origen, correspondientes al grupo fino-ungriero y más basculados hacia Finlandia los estonios, representantes de la familia lingüística protobáltica y vinculados a la historia de Prusia los otros dos pueblos; católicos los lituanos, luteranos bajo la intensa influencia prusiana y sueca letonios y estonios⁷. Pero las diferencias de origen y de rasgos históricos no han impedido que recorrieran juntos el camino de la independencia y ensayaran algunos intentos de unión económica y alianza política, especie de Benelux báltica que podrían reeditar con mayor experiencia en nuestros días.

LA CATALISIS DEL NACIONALISMO

Desde la atalaya de la segunda independencia, en 1991, en una coyuntura en que la marea de los nacionalismos amenaza con desmontar el edificio continental levantado en el siglo XX, ofrece particular interés el examen del nacionalismo báltico como ideología inspiradora de los procesos de emergencia de los nuevos estados. La corriente nacionalista se inscribe dentro de los movimientos continentales a lo largo del siglo XIX, y así los campesinos lituanos se suman, y muestran mayor ardor revolucionario que sus vecinos, a los alzamientos polacos antirrusos de 1830 y 1863. En la segunda mitad de la centuria el sentimiento nacional enciende la resistencia frente a la política de rusificación de los esclavófilos, apoyados por los barones bálticos, terratenientes alemanes que defienden su status privilegiado mediante la colaboración con las autoridades zaristas. Frente a esos privilegios J. W. Janssen y C. R. Jacobson en Estonia, K. Valdemars en Letonia, propugnan la recuperación de la conciencia y cultura nacional. En Lituania el nacionalismo nace impregnado de un fuerte sentimiento antipolaco, como puede leerse en la revista de Basanavicius, «Ausra» (Aurora), y en el primer diario en lengua lituana (1897), «Keleivis», dirigido por F. Kursaitis. La política de rusificación coactiva emprendida por Alejandro III no consiguió sino espolear el ansia de independencia, y así en la revolución de 1905 la protesta popular lituana está galvanizada ya no por slóganes antipolacos sino antirrusos, aunque en las otras dos regiones se exprese sobre todo en ataques a las propiedades de los barones germánicos.

Las raíces del nacionalismo decimonónico⁸ son muy similares a las de otras naciones europeas, pero de manera sintética, y en la medida en que alguna de ellas aparece paladinamente en los primeros textos de la independencia, debemos destacar las siguientes: 1. Reforma Agraria. La abolición de la servidumbre campesina se afrontó, tempranamente, en algunas comarcas en el segundo decenio del siglo XIX y se generalizó en los años sesenta por decisión de los barones bálticos, que monopolizaban la administración, pero un nuevo paso, con cambios en la estructura de la propiedad, só-

⁷ Yves PLASSERAUD (dir): *Pays Baltes. Estonie, Lettonie, Lituanie: le Réveil*. París, Autrement, 1991.

⁸ Vid. RAUCH: O.c. pp. 6-23.

lo se alcanzaría tras el acceso a la plena soberanía política. 2. Despertar cultural. Filólogos, universidades, sociedades literarias, cuya enumeración nos detendría en exceso, contribuyeron a la forja de una conciencia nacionalista. 3. Inicios de industrialización. Los cambios sociales por una parte, el nuevo mercado configurado por la construcción de una red ferroviaria por otra, tuvieron efectos paralelos a los estudiados en las potencias de la Europa occidental. 4. Los emigrados. En los primeros años de siglo a la emigración económica, por ejemplo de lituanos a Estados Unidos, acompaña la emigración política de los perseguidos por la Okrana, que se organizan en grupos en Londres y Zurich, y que desempeñarán un papel comparable al de los emigrados en la independencia de Grecia. 5. Aparición de los primeros partidos políticos. Diversas organizaciones, el Partido Socialdemócrata Letón o el Partido Nacional Progresista Estonio, entre otros, articularon la movilización contra el despotismo zarista.

Sobre el terreno abonado del sentimiento nacionalista impactaron los sucesos revolucionarios de 1905 y 1917⁹. En San Petersburgo surgieron algunas de las células nacionalistas más activas, que identificaron la Revolución de Octubre con la hora de la independencia. El manifiesto lituano de 29 de noviembre proclamaba: el «Consejo Nacional de Lituania, depositario y fiel guardián de los intereses de la patria, declara que el pueblo lituano se considera desde este momento libre de cualquier relación con el Estado ruso»¹⁰. A lo largo de un año los órganos surgidos en las tres repúblicas proclamarían la independencia, en Lituania el 11 de diciembre, en Estonia el 24 de febrero de 1918, en Letonia el 18 de noviembre, si bien el nuevo Estado soviético no aceptaría la situación hasta los tratados de paz de 1920: de Tartu con Estonia (2 de febrero), de Moscú con Lituania (12 de julio) y de Riga con Letonia (1 de agosto).

No es nuestro objetivo reconstruir minuciosamente el proceso, para lo que remitimos al estudio de Rauch, sino destacar sus principales puntos y problemas apoyándonos en la propia documentación nacionalista¹¹: informes, discursos, documentación diplomática, prensa. Esta documentación ofrece interés en un doble sentido. En primer lugar porque los órganos de propaganda de los gobiernos independientes se encargaron de elaborar Memorias muy detalladas para defender su causa en la Sociedad de Naciones y granjearse el apoyo de las potencias occidentales; en segundo lugar porque la ideología de los nacionalismos, con su mitificación de la historia, enciende retóricamente los discursos de los hombres de la independencia, los editoriales de prensa y los informes. Así pues tanto en el plano de la información como en el de la ideología las nuevas autoridades proporcionaron entonces a los organismos internacionales y posteriormente a los historiadores una documentación de gran interés.

⁹ Una exposición sintética, a modo de estado de la cuestión y con indicaciones bibliográficas, en G. JACKSON y R. DEVLIN (edits.): *Dictionary of the Russian Revolution*. Connecticut, Greenwood Press, 1989.

¹⁰ Suzanne CHAMPONNOIS: «Des indépendances inquiètes». En PLASSERAUD: o.c., p. 35.

¹¹ Documentación anexa a los despachos consulares de Helsingfors y Riga, principalmente, y la legación de España en Varsovia. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid. (A.M.A.E.).

Veamos en primer lugar el acto normativo fundacional de la declaración de independencia.

La proclamación lituana presentó tres notas particulares: fue la más temprana en el tiempo, encontró en un primer momento el estímulo de las autoridades alemanas de ocupación e invocó la grandeza perdida rememorando el imperio bajomedieval. Los alemanes habían ocupado el país desde 1915 y comprendieron que una política de entendimiento con los nacionalistas supondría un problema para el enemigo. De ahí que mientras en San Petersburgo se controlaba a los dirigentes lituanos los alemanes permitían la reunión de sus asambleas en Vilna. De esta manera a lo largo de 1917, pudieron emitir documentos de carácter independentista, con meses de antelación sobre sus homólogos letones y estonios. La propaganda apeló a los títulos históricos; la oficina de Información Lituana en Lausana publicó los mapas del antiguo reino de Lituania en lo siglos XIII y XIV y del imperio de Algirdas y Keistutis a finales de esta centuria, que culminaría su expansión territorial bajo Vytautas el Grande (1392-1430), momento en que se extendía de Curlandia al mar Negro y de las cercanías de Varsovia a Voronej, configurando la más extensa y poderosa entidad política del Este europeo¹². Estos títulos no podían ser invocados por los otros estados bálticos.

Con la connivencia de las autoridades germanas la vieja institución del zarismo, la Dieta lituana, dio el primer paso, en una sesión en Vilna en septiembre, antes de la revolución bolchevique, declaración que se hizo pública en Berlín y Lausana. La Taryba, parlamento de composición burguesa, hizo suya esta declaración el 11 de diciembre, pero los alemanes la rechazaron, hasta que finalmente, tras la firma del tratado de Brest-Litovsk, que imponía la separación báltica al Consejo de Comisarios bolchevique, el gobierno de Berlín se inclinó a su aceptación mediante declaración de 23 de marzo de 1918. Unos días antes, en febrero, los lituanos hacían público, por acuerdo de su órgano de representación en el extranjero, el Consejo Nacional Lituano, su respaldo al documento de la Taryba, con invocaciones a la representación de los lituanos de Rusia y los Estados Unidos, que introducen una nota de originalidad en esta declaración:

«La Taryba, órgano supremo del Estado y pueblo lituano, de la Madre Patria como de las colonias lituanas de Rusia y América, proclama, sobre la base unánimemente reconocida por la conciencia internacional actual del “derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos y de su destino”, e invocando la resolución de la Dieta lituana que tuvo lugar en Vilna entre el 18 y el 23 de septiembre de 1917, la RESTAURACION de un Estado lituano independiente, con su capital en Vilna, así como la liberación del Estado de todos los lazos, cualesquiera que sean, anteriormente contraídos con los Estados vecinos o impuestos por ellos»¹³.

¹² «Carte de la Lituanie». Bureau d'Information lituanien. Lausana. El recurso a los mapas para acreditar derechos históricos fue también empleado en las Memorias e Informes (infra).

¹³ En comunicado del Consejo Nacional Lituano al Ministro español de Asuntos Exteriores. A.M.A.E., legajo 2.541 H, nº 62.

En el verano de 1918 la mayoría conservadora de la Taryba se inclinó por la monarquía como forma de gobierno y proclamó como rey al alemán Guillermo de Urach, con el nombre de Mindaugas II, pero Berlín, en un giro de su política, no le permitió visitar su reino. El aval alemán se convirtió en un problema al producirse el colapso de su ejército. Un gobierno obrero lituano, soviético, en Petrogrado se negó a aceptar la autoridad de la Taryba en el clásico enfrentamiento instituciones burguesas-instituciones proletarias que caracterizó la desarticulación del estado zarista, y los polacos aprovecharon para invadir las comarcas del sudeste, que reivindicaban, entrando en Vilna, lo que obligó al gobierno lituano a trasladarse a Kaunas, cien kilómetros al oeste.

El proceso independentista de Estonia es el más complejo. Los nacionalistas tuvieron que buscar una vía entre la doble tenaza que suponía desde la derecha la presión de los barones y desde la izquierda la movilización revolucionaria de los soviets. En aplicación de las disposiciones de Kerenski acerca de la autonomía administrativa de las minorías nacionales, fueron convocadas en julio de 1917 elecciones para una Dieta, que formó el primer gobierno Päts, mientras en Tallin, Narva y Reval se establecían soviets, definiéndose la estructura dual de poder que caracterizó todo el período prebolchevique de la revolución. En octubre el soviet de Tallin se autoproclamó poder legal y los líderes comunistas Anvelt y Kingisepp declararon disuelto el Parlamento, pero el 16 de noviembre el Consejo Nacional de Estonia se proclamaba poder soberano y el 24 de febrero de 1918, aprovechando el colapso provocado por la invasión alemana de la mayor parte de los territorios bálticos, establecía como forma de gobierno una República democrática. No aceptaron pasivamente los barones germanos la pérdida de su situación privilegiada, y una Asamblea que se reunió en Riga el 12 de abril pidió la protección del emperador alemán para tratar de establecer una monarquía sobre el territorio de Estonia y parte de Letonia. Esta movilización política de los nobles de los dos estados septentrionales en la llamada «Gran Dieta» diseñaba el espacio báltico como un protectorado alemán, con una estructura social de claro predominio aristocrático¹⁴. La Asamblea fue abierta por el general von Sckendorf, en representación de las autoridades de ocupación, y declaró la separación de Estonia de Rusia. Los estonios declararon nula la convocatoria por haberse realizado en aplicación de disposiciones del zarismo, invocando la anulación de las Dietas aristocráticas por la revolución de febrero y la creación de una institución suprema en octubre, la Seyma, en la que residía el poder. En el mismo mes de abril se convocó elección para una Asamblea Constituyente, que el 19 de mayo aprobó la proclamación de independencia e inició conversaciones para el armisticio con los alemanes, que se firmaría en julio, aunque el funcionamiento pleno de las instituciones estonias no se puso en juego hasta la retirada de las tropas germanas el 11 de noviembre.

¹⁴ A.M.A.E. leg. 2.541 H, nº 44.

Letonia dibujó una situación claramente diferente, porque se encontraba controlada en 1917 por los bolcheviques. El soviet de Strelki, que disponía de 9 regimientos con 35.000 soldados, dirigió la lucha contra los alemanes y tras un viaje de Antonov-Ovseenko a Valka envió refuerzos a Petrogrado para reforzar la defensa de la capital a finales de noviembre. En esta situación de control soviético no podía proclamarse la independencia. En 1918 los alemanes ocuparon el territorio letón y sólo tras su derrota, el 18 de noviembre, los nacionalistas encontraron el momento para hacer pública la independencia, con bastantes meses de retraso sobre los otros dos estados bálticos.

Tres procesos de independencia paralelos y distintos. En los tres aparece la resistencia bolchevique a aceptar independencias proclamadas por instituciones burguesas, con lo que los nuevos estados se configurarán no sólo como realidades políticas anti-rusas sino además como regímenes antibolcheviques. El factor alemán es decisivo y el proceso no se rematará hasta que la derrota en la gran guerra provoque la retirada de las tropas de ocupación. En los tres países se intenta un ensayo de monarquía bajo protección del emperador germano, pero los nacionalistas, tan hostiles a la influencia alemana como a la rusa, lo rechazan y optan por repúblicas democráticas e independientes. Sólo en Lituania la no instalación de una monarquía pareció depender del juego de la política exterior de Berlín antes que de opción de la Taryba. Y sólo en Lituania aparece el factor polaco. Desde la óptica del nacionalismo lituano su estado nace con un territorio estatal mutilado y privado de su capital histórica.

IDEARIO DE LOS NACIONALISMOS BALTICOS

Constituye una invocación peculiar de los textos lituanos dentro de la literatura independentista báltica la remembranza de un pasado histórico ilustre, pasado que se tiene el derecho de recuperar, y en segundo lugar, argumento compartido con los otros dos estados, la apelación al principio de las nacionalidades, enarbolado en la fase final de la contienda y en la redacción de los tratados de paz por los dirigentes occidentales. El texto lituano más vibrante y directo fue la declaración del Consejo Nacional Lituano de 25 de diciembre de 1917¹⁵, introducido con tres considerandos:

«I. Que Lituania ha sido independiente desde el siglo XIII hasta finales del siglo XVIII.

II. Que Lituania, anexionada a Rusia por la fuerza, no ha dejado nunca de reivindicar su independencia, incluso con las armas en la mano en 1830, 1863, 1905.

III. Que Lituania ha sido vergonzosamente oprimida y maltratada durante 120 años por el gobierno zarista; después de la Revolución, incluso el gobierno provisional no ha

¹⁵ A.M.A.E., leg. 2.541 H, nº 58 y 62.

tenido en cuenta sus reivindicaciones a pesar de nuestra adhesión en el momento de su llegada al poder (Declaración de 20 de abril de 1917)».

La guerra, en opinión del Consejo, ha provocado una situación nueva, con la mayor parte del territorio lituano ocupada por los alemanes y Rusia sacudida por un cataclismo revolucionario, «en la imposibilidad de cumplir sus obligaciones hacia el pueblo lituano», quien por su parte jamás había dejado de cumplir las suyas. En consecuencia se declara desvinculado de todos sus lazos con el Estado ruso e invocando el principio de los pueblos a disponer de sí mismos toma en sus manos el destino. La invocación al principio de las nacionalidades, con citas de Edward Grey, Winston Churchill, Lloyd George, Deschanel, Briand, respalda doctrinalmente el derecho de independencia en una Memoria¹⁶ distribuida por el Comité ejecutivo del Consejo Nacional Lituano, si bien reconocen los redactores que el nacionalismo puede ser una fuerza creadora o destructora y ponen como ejemplo de principio destructor el del imperio turco y creador el federalismo del imperio austriaco, sin prever, evidentemente, su inmediata desarticulación en las cláusulas territoriales de los Tratados. Rusia seguiría inevitablemente la suerte de Turquía, se arguye, si no eligiera la senda austriaca.

La afirmación de los derechos históricos de Lituania se expresó en primer lugar en el rechazo del yugo ruso, pero pronto comprendieron los líderes nacionalistas que el segundo peligro radicaba en los sueños expansionistas de Polonia. En la conferencia de delegados celebrada en Berna a primeros de marzo de 1916 protestan de los intentos de usurpación: «El pueblo lituano, instando al pueblo polaco a recuperar su independencia en los límites de sus fronteras étnicas, desea ser dueño de su propio suelo y protesta enérgicamente contra cualquier tentativa de los polacos de usurpar los derechos legítimos de los lituanos en Lituania»¹⁷. Este recelo venía además espoleado por las ambiciones polacas en la región de Vilna, que efectivamente terminarían ocupando. «La capital de Lituania debe ser Vilna, que fue fundada por el rey lituano Gedeminas en 1323, ciudad donde se conservan numerosas tradiciones del pueblo lituano y considerada siempre por él como lugar sagrado»¹⁸, anotan en el apartado de la Memoria relativo a la Constitución y Gobierno.

Pero ante todo 1917 ofrece la posibilidad histórica de emancipación del yugo ruso. Era el momento de conquistar lo que tras la derrota rusa frente a Japón habían reivindicado inútilmente. En aquella circunstancia una conferencia de delegados en La Haya había achacado a la opresión de Rusia la supresión de su nombre, la abolición de sus leyes,

¹⁶ «Memoire relatif a la reconstitution de la Lithuanie Independante». Consejo Nacional Supremo Lituano, s.f. Remitida al embajador de España en Washington.

¹⁷ «Memoire...», p. 19.

¹⁸ «Memoire...», p. 18. En la remodelación del mapa europeo en los tratados de paz la cuestión de Vilna planteó el dilema de optar por los derechos históricos o por la mayoría étnica. Bohdan CHUDOBA calculó que en la ciudad vivían un 50.1% de polacos y apenas un 2.6% de lituanos, y en las aldeas circundantes 85.8% de polacos frente a 4.3% de lituanos. *Rusia y el Oriente de Europa*. Madrid, Rialp, 1980, pp. 339-340.

el cierre de la universidad de Vilna y de numerosas escuelas, la obligación del aprendizaje del ruso –lengua extranjera–, la imposición de la fe ortodoxa con detrimento del catolicismo mediante la confiscación de iglesias y la supresión del culto, la prohibición de publicar libros y diarios en lengua lituana. A pesar de la férula de sátrapas severos los lituanos habían mantenido encendida la esperanza y disfrutaban de un 52,1% de letrados a principios de siglo frente al 29,38% de los rusos. Estos eran los argumentos¹⁹. Las circunstancias históricas y el postulado de la independencia de los pueblos enarbolado por los dirigentes occidentales permitirían poner fin a la opresión y recuperar para Lituania un pasado de gran nación.

El ideario independentista lituano se ceñía a dos líneas argumentales casi únicas: la existencia de un pasado histórico esplendoroso y la necesidad de emancipación de una tiranía que había intentado anular la personalidad de un pueblo, respaldadas con la doctrina de la independencia de las naciones que los políticos occidentales habían esgrimido en las reuniones internacionales. Más complejo resulta el esquema doctrinal de los nacionalistas letones.

En un amplio Informe²⁰ destinado a las cancillerías occidentales partían de la defensa de una identidad étnica dentro de la diversidad de pueblos que poblaban sus regiones. A partir de un estudio de Tschakste, uno de los políticos influyentes del momento (elegido Presidente en 1922), del censo de 1897 y de los recuentos estadísticos de 1915, estimaban que los letones, teóricamente, suponían el 40% del total, el 19% los rusos, el 13% los germanos, el 9% los polacos, y el resto se repartía entre estonios, lituanos, judíos y otros grupos menores, pero se intentaba corregir las cifras oficiales con el argumento de que se había considerado población germana la que había rellenado los cuestionarios en alemán, aunque muchas de estas familias fueran realmente letonas. La composición étnica actual²¹, tras los trasvases de población rusa efectuados por Stalin, difiere fundamentalmente, pero bástenos en este momento destacar que la defensa de la identidad racial era considerada uno de los objetivos esenciales de la independencia. De ese pueblo se destacaban, en la línea lírica de los escritores nacionalistas de todos los meridianos, excelentes cualidades físicas y espirituales; apoyándose en el estudio del Dr. von Rosen, perteneciente a la nobleza alemana y por tanto poco sospechoso de simpatía instintiva hacia los letones, se sostenía que el pueblo letón estaba formado en su mayoría, por hombres «inteligentes, industriosos, buenos negociantes», «hospitalarios», dotados de «grandes cualidades de adaptación»²².

La lengua, con elementos comunes con la «aria» y «una de las más antiguas de Europa», pretensión que aparece invariablemente en los textos nacionalistas del XIX, cons-

¹⁹ «Memoire...», pp. 10-12.

²⁰ «Latvia» (Informe)». A.M.A.E., leg. 2.447 H, nº 25.

²¹ Datos y tasas demográficas en URSS. *Anuario 89*. Moscú, Novosti, 1989. Análisis de rasgos y tendencias en A. BLUM: «Rupture et continuité. La démographie soviétique». *Annales*, enero-febrero, 1991., pp. 169-187.

²² «Latvia» (Informe), p. 6.

tituía otro signo fundamental de identidad. Pero no era presentada como un derecho atropellado, como hemos visto en la Memoria lituana, sino como un instrumento de cultura viva. Tras la abolición de la servidumbre, en diferentes fechas según las regiones, se había multiplicado la creación de escuelas, y a pesar de la política aniquiladora rusa –tampoco en los documentos letones falta esta acusación– se había alcanzado un nivel de cultura popular excepcional, con índices de un 64,7% de personas alfabetizadas para el conjunto de Letonia, un 71% sí se consideraba sólo a los letones –índice ciertamente alto para la época– frente al 22,9% de la Rusia europea (recordemos que los lituanos lo situaban en un porcentaje siete dígitos superior). En el informe se recogía asimismo el número de libros y periódicos editados en 1912, detallando el número de obras científicas, dramáticas, libros de poesía y de historia²³. «No sólo en las ciudades sino incluso en los más pequeños villorrios al lado de cada escuela pública existe una biblioteca pública».

Otro signo de identidad cultural venía señalado por la música. Siete gruesos volúmenes habían recogido 50.000 canciones populares y 250.000 variantes, tradición que explicaba el alto número de compositores vivos.

La difusión de la prensa, con cabeceras que alcanzaban en sus rotativos principales entre 50 y 100.000 ejemplares, constituía otro signo de la presencia cultural letona. «Puede hallarse un periódico en cada casa no sólo en las ciudades sino también en el campo entre los campesinos».

Como vemos, sin silenciar un pasado ruso opresivo y la necesidad de emanciparse de la tiranía, los políticos letones afirmaban la identidad nacional a partir de rasgos étnicos y culturales. Esos rasgos se habían mantenido vivos no sólo frente a la política de rusificación zarista sino también en confrontación con las clases cultas germanas. «En las grandes ciudades viven también elementos germánicos, de elevada cultura, con el apoyo de la nobleza germana, pero son demasiado reducidos en número para poder influir espiritualmente sobre los letones, especialmente porque los germanos y su clase nobiliaria han disfrutado de privilegios y considerado degradante para ellos participar en la vida espiritual de los letones o admitirlos en sus estrechos círculos cerrados, y de esta manera, han ejercido una influencia mínima sobre el pueblo letón»²⁴.

Si en el orden cultural «el otro» era Alemania en el orden político la independencia se consolidaría frente a Rusia. Las condiciones de paz que el gobierno letón presentó en abril de 1920 al gobierno soviético, según fueron recogidas por la legación de España en Varsovia²⁵, se significaban por su maximalismo: reconocimiento de la independencia y soberanía de Letonia, fronteras definidas a partir de bases etnográficas, indemnización de dos mil millones de rublos en oro por los destrozos provocados por acciones del ejército ruso, devolución de archivos y fondos de Bancos, evacuación de todos los ciudada-

²³ Ibidem, pp. 8-9.

²⁴ Ibidem, p. 9.

²⁵ A.M.A.E., leg. 2.541 H, nº 3.

nos letones, adjudicación de 27.000 millones de rublos en oro en concepto de reparto de los fondos metálicos del antiguo Banco del Estado ruso –con asunción por parte de Letonia de su parte correspondiente en el pago de la Deuda rusa–, concesiones en la explotación del ferrocarril Riga-Moscú. Siempre en las conversaciones exploratorias se parte de peticiones abultadas, pero las hemos consignado en la medida en que muestran en el joven estado letón una decidida posición de energía frente al enemigo ruso.

Lógicamente el ideario de los políticos nacionalistas estonios apenas difiere del de sus homólogos de los dos países del sur, aunque por su ubicación periférica falte el componente antipolaco presente en Lituania y sea menos fuerte el componente antirruso que en los textos letones, y se encuentre, por otra parte, con una mayor homogeneidad étnica. En la carta que dirigió la delegación estonia a los miembros de la Sociedad de Naciones ginebrina el 16 de noviembre de 1920, al solicitar, infructuosamente, ser admitida como miembro de la institución internacional, se resumían así los títulos de Estonia:

«La población de Estonia pertenece a una raza diferente de la de sus vecinos; posee una lengua y literatura distintas al mismo tiempo que una historia propia, puesto que siempre ha sido, hasta el siglo XVI, bajo una forma u otra, un Estado independiente o una provincia autónoma, y, lo mismo bajo la dominación polaca, sueca, rusa, Estonia, como los otros países bálticos, ha cultivado permanentemente sus caracteres nacionales y conservado su autonomía.

Los Estes, habitantes autóctonos del país, pertenecen al grupo de pueblos fino-ungrios y representan más del 90% de su población total»²⁶.

No aparecen aquí las evocaciones del gran imperio, como en Lituania, pero, por lo demás, las apelaciones a la identidad étnica, lingüística y cultural son las mismas que se reiteran en todos los documentos de las independencias bálticas.

LOS PROBLEMAS DE LA INDEPENDENCIA

Cada una de las tres Repúblicas hubo de enfrentarse con problemas de toda índole, pero en aras de la brevedad nos referiremos exclusivamente a algunos fundamentales que son comunes en diferente grado.

La cuestión agraria se presentaba como la más acuciante en Estonia y Letonia, mientras que en Lituania únicamente se temió durante la guerra que los ejércitos germanos facilitasen la anexión de tierras por los junkers, con lo que podría formarse una clase social dominante de terratenientes extranjeros, similar a la de los otros dos países: «(Alemania) tiende, por otra parte a la conquista de las provincias bálticas, donde un número mínimo de junkers alemanes aspira por todos los medios a retener en la Madre Patria un territorio donde ellos no son otra cosa que colonialistas»²⁷. Pero si en Lituania se trataba

²⁶ «Bulletin de l'Esthonie». París, Bureau de Presse Esthonien, n° 14 (agosto-diciembre, 1920), p. 59.

²⁷ «Note concernant les rapports actuels du Gouvernement de Lituanie avec les Etats voisins». Berna, 25 septiembre 1919. En A.M.A.E., leg. 2.541 H, n° 45.

simplemente de un recelo despertado por el avance de los ejércitos invasores, la presencia histórica de la clase oligárquica de los barones germanos definía en los otros estados el rasgo estructural fundamental de su sociedad, y en consecuencia la reforma del estatuto jurídico de la propiedad de la tierra constituía una medida inaplazable. En Estonia²⁸, de un total de 3,8 millones de deciatinas cultivadas 2,2 millones correspondían a grandes explotaciones, y de ellas 1,4 millones a 734 dominios nobiliarios, lo que suponía una superficie media próxima a las 2.000 deciatinas, equivalente a 2.200 has., tierras a las que habría de añadirse otras, como los dominios pertenecientes a Asambleas de la nobleza. La ley agraria de 10 de octubre de 1919 sometió a expropiación los grandes dominios para proceder a su reparto entre los campesinos sin tierras, en menor medida –en propiedades estatales– para formar cooperativas y en algunos casos para entregarlas a la comunidad rural, en la línea clásica del mir ruso. Los antiguos propietarios no aceptaron la ley sin resistencia y desataron una violenta campaña de antipropaganda: «Se decía a los soldados que la tierra iba a ser repartida entre los obreros y que los soldados no obtendrían nada. A los obreros se les aseguraba lo contrario». La estructura de grandes propiedades, pequeñas propiedades y campesinos sin tierra se repetía en Letonia, donde la ley agraria procedió a repartos de lotes de 7 a 20 deciatinas entre el proletariado rural. Con cierta ironía los dirigentes letones pusieron en práctica un proyecto de germanización que circuló el año de la ocupación. «La nobleza germana, durante la guerra, elaboró un proyecto para ofrecer un tercio de sus posesiones a colonos procedentes de Alemania en orden a incrementar la población alemana en el Báltico y germanizar el país. Ahora el gobierno de Letonia intenta utilizar este proyecto de los nobles y entrega a los braceros letones sin tierra un tercio de las propiedades privadas de los barones mediante indemnización»²⁹.

Aunque no se habían perdido las señas de identidad cultural, lo hemos indicado, las autoridades de los tres estados procedieron a medidas de recuperación de la lengua, perseguida o simplemente consentida bajo el dominio ruso, y orientaron la enseñanza hacia la recuperación de la historia nacional y los rasgos colectivos. De los informes se desprende que los letones atendieron este punto con mayor premura. Durante la ocupación germana las escuelas letonas habían sido cerradas o transformadas en escuelas alemanas y muchos maestros habían huido o habían sido cesados. La política del ministro de Educación se orientó a invertir este proceso, pero con signos de apertura, como la disposición en favor de la existencia de escuelas o clases para las minorías nacionales o la de que los maestros serían elegidos por la comunidad local³⁰, disposición democrática que implicó además la posibilidad de que las villas de composición étnica alógena eligieran maestros de su nacionalidad. A pesar de las tasas elevadas de alfabetización, la educación constituyó en diversos momentos un proble-

²⁸ «Bulletin de l'Esthonie», n° cit., pp. 1-11.

²⁹ «Latvia» (Informe), p. 37. A.M.A.E., leg. 2.447 H, n° 25.

³⁰ *ibidem*, pp. 37-38.

ma generador de crisis políticas. En Estonia diferencias en torno a la ley de instrucción provocaron la ruptura de la coalición entre agrarios, demócratas y demócratacristianos en noviembre de 1922³¹. El dilema de si la enseñanza debía ser religiosa o laica fue sometido a referéndum el 7 de marzo de 1923, cuando 400.000 votantes optaron en favor de la religión y sólo 60.000 en contra, resultado que debilitó al partido popular, defensor del laicismo, muchos de cuyos seguidores pasaron a las filas del partido agrario³².

La reconstrucción de la industria, después de cuatro años de devastaciones, se convirtió en un desafío³³, y las autoridades letonas dudaron entre permitir la oleada de huelgas en demanda de drásticas subidas de salarios, oleada que se desató al suprimirse la prohibición establecida por las autoridades germanas, o mantener una situación excepcional, aunque optaran finalmente por una política liberal. Los nuevos estados, hasta entonces dependientes de los mercados rusos, se encontraron sumidos en una grave crisis de subsistencias, generada por los destrozos bélicos y el súbito desgajamiento de su hinterland, y la cuestión del abastecimiento aparece con frecuencia entre las preocupaciones de los gobernantes.

La realidad multinacional, con la presencia de importantes minorías judías, alemanas, rusas y polacas, se erigió en otra opción delicada, precisamente en el momento en que se trataba de borrar la huella germana o rusa en los tres estados y aminorar la presencia polaca en Lituania. El tema polaco en el estado meridional no podía ser tratado con serenidad, porque representaba la gran amenaza, pero en otros aspectos las autoridades procuraron practicar una política de respeto hacia las minorías. En las bases para la Constitución política de Letonia se incluyó un párrafo³⁴ sobre los derechos de las minorías, en el que se incluían el envío de representantes a todas las asambleas respetando el principio de la proporción, la participación en el gobierno provisional y la garantía de los derechos culturales y nacionales de cada una. En la Constitución de Estonia se consagran seis párrafos a los derechos de las minorías³⁵. De todas formas, al margen de la doctrina constitucional de la igualdad de derechos, en el orden social no hay duda de que la vida de germanos y rusos, antes atrincherados en sus privilegios, cambió radicalmente, e incluso es dudoso que a escala local se aplicaran siempre las prescripciones democráticas de las Cartas constitucionales.

En pueblos sin tradición ni posibilidades de ejercicio democrático la introducción súbita de los principios del liberalismo europeo, con su cuadro de partidos, elecciones, responsabilidad de los gobiernos, código constitucional, no pudo realizarse sin graves disfunciones. La multiplicación de partidos fue enorme. El cuadro que presen-

³¹ A.M.A.E., leg. 1.491 H, nº 21.

³² A.M.A.E., leg. 1.491 H, nº 8.

³³ S. CHAMPONNOIS: art. cit., p. 40.

³⁴ «Latvia» (Informe), p. 26.

³⁵ RAUCH, o.c., pp. 135 y ss.

ta Rauch³⁶ es de por sí alarmante, pero supone una reducción a las fuerzas principales y no incluye otras que en algunas comarcas o pueblos podían disfrutar de cierta implantación. Por ejemplo un detallado informe acerca de la evolución hacia la derecha de la tendencia política en Estonia³⁷ entre 1920 y 1923, recoge el siguiente cuadro de partidos: en la derecha demócrata cristianos y agrarios; en el centro el partido del Trabajo, populistas, partido nacional liberal, y pequeños partidos de los colonos, locatarios y antiguos combatientes; en la izquierda comunistas, socialistas independientes y socialdemócratas. Como resultado de esta fragmentación y de la falta de madurez de la ciudadanía la inestabilidad gubernamental fue el rasgo de la dinámica política, y el recurso continuo a las figuras carismáticas constituyó el único remedio para realizar una tarea mínima de despacho. Los letones denunciaron en sus informes la presión continua de la extrema derecha, tras la que se ocultaban los barones germanos, y la extrema izquierda, representada por los bolcheviques³⁸, doble presión que hizo más insegura la trayectoria gubernamental. No entraremos ahora en el análisis de la vida política. Pero anotamos que en Letonia Ulmanis presidió los cuatro primeros gobiernos y volvió a ser presidente, no mucho más tarde, del décimo, porque la duración de los gobiernos era tan breve que no resultaba factible una obra política de envergadura. Así se explica la deriva de las tres Repúblicas hacia fórmulas autoritarias, hasta degenerar, en los años treinta, en auténticas dictaduras de corte fascista, presididas por las grandes personalidades de la independencia: Voldemaras en Lituania, Ulmanis en Letonia, Päts en Estonia. El contraste entre los textos fundacionales, defensores de los principios democráticos y la realidad política en que desembocaron, constituyó un itinerario difícil de prever en el momento de los entusiasmos de la primera hora de la independencia.

Finalmente habría que referirse a la situación internacional de los nuevos estados y en particular a su relación con los vecinos, tema de excesiva complejidad para ser examinado en esta visión global. Sírvanos de ejemplo la difícil situación de Lituania, el más agobiado por la presión exterior. Desde el primer momento de su andadura independiente se encontró amenazado por tres enemigos: Polonia, Alemania y la Rusia bolchevique³⁹. Los polacos, con el pretexto de frenar a los bolcheviques, invadieron el sudeste del territorio lituano y lo ocuparon, incluyendo la capital, Vilna, con lo que se inició un largo contencioso que los lituanos no podrían resolver. Los alemanes retrasaron en 1919 la retirada de sus ejércitos, mientras devastaban el país, para garantizar los derechos de los barones. La formación de un nuevo ejército alemán bajo el mando del general von der Golt y del Príncipe de Lieven hizo recelar una ocupación permanente y la pretensión de ampliar el territorio nacional germano hacia el Este para

³⁶ RAUCH, o. c., pp. 91 y ss.

³⁷ A.M.A.E., leg. 1.491 H, nº 11.

³⁸ «Latvia» (Informe), pp. 43-51.

³⁹ A.M.A.E., leg. 2.541 H, nº 46.

compensar las pérdidas en el oeste, pretensión que desde luego no hubieran aceptado las grandes potencias pero que en todo caso movilizó las expectativas de algunos grupos de interés. Por otra parte, y ya en fecha posterior, se suscitó la cuestión de Klaipeda/Kaliningrado, las aisladas comarcas costeras de población prusiana. Tercer enemigo, la Rusia bolchevique se resistió a aceptar el desgajamiento de las zonas periféricas del imperio zarista, que suponían con la instalación de gobiernos burgueses un peligro para la consolidación de la revolución proletaria. Frente a las reivindicaciones polacas el gobierno lituano se desenvolvió con extrema prudencia, aceptando el principio de que las comarcas de mayoría étnica polaca podrían ser asignadas a Polonia, y apelando a la comisión interaliada de la Conferencia de la Paz para la futura delimitación de las fronteras. Pero los aliados concebían la nación polaca como una barrera contra el estado bolchevique y no prestaron apenas atención a las reivindicaciones lituanas. Los recortes territoriales contribuyeron a apagar en la población la euforia de la independencia. Una nación que nacía recordando los fastos de un imperio continental se veía en la era de las proclamas de los derechos de las naciones reducida con una cirugía de suelo que provocó manifestaciones populares y que los editoriales del diario «Lietuva» consideraban peligrosa y humillante.

EN EL UMBRAL DE LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

Con la conquista de la independencia, por segunda vez, las poblaciones de los estados bálticos se enfrentarán a partir de 1991 a su propia historia, que volverá a ser estudiada por los escolares tras varias décadas de proscripción, y probablemente los capítulos de la independencia constituyan una parte destacada de lo que a un tiempo será tema de estudio, experiencia histórica de un pueblo y conjunto de lecciones para los políticos. Las situaciones no son iguales pero en definitiva la recuperación de la independencia se ha hecho invocando el antecedente de 1918, y cualquier político nacionalista estima, al menos en teoría, como si de avatares de la biografía personal se tratara, el legado de la historia.

En un contexto internacional democrático seguramente los desafíos serán menores que los que tuvieron que afrontar Ulmanis o Voldemaras. No es previsible que en su dinámica política se desvíen hacia fórmulas parafascistas, porque los años noventa no son los años treinta y no existen modelos de este signo que puedan seducir a un pueblo agobiado por los problemas. Pero las soluciones expeditivas de rango autoritario constituyen una tentación. La ex jefa de gobierno, Kasimiera Prunskiene, perseguida por sus diferencias políticas con el presidente, denunciaba en los días de agosto que la política lituana había caído en manos de la extrema derecha⁴⁰. Por su parte el presidente Vytautas Landsbergis⁴¹ no se recata en considerar que el nacionalismo pue-

⁴⁰ Kasimiera PRUNSKIENE: «El arduo camino del regreso. Tendencias autárquicas y totalitarias en el seno de una crisis económica». En «Temas de nuestra época». «El País», 29 agosto 1991.

⁴¹ Entrevista en «El Sol», 9 septiembre 1991.

de ser la medicina para todos los males del continente, con un planteamiento mesiánico que puede no ser compartido en todas las latitudes. De las páginas de ese pasado que se invoca con insistencia se deduce como mínimo los inconvenientes de optar por el autoritarismo o de caer en un multipartidismo caótico.

La estructura económica es diferente, con un peso del sector industrial muy superior al de los años de la primera guerra mundial. Pero si en 1918 se imponía la urgencia de la Reforma Agraria para corregir la estructura de grandes propiedades nobiliarias, quizás, «mutatis mutandis», no sea esencialmente diferente el proceso de desmontaje de las grandes propiedades colectivas. Que la gran propiedad pertenezca a barones germánicos o al Estado soviético no altera la finalidad de desarticularla para dar paso a una estructura de pequeñas propiedades. Reforma agraria diferente pero en todo caso modificación de la estructura de la propiedad en el campo para beneficio de las familias campesinas. La colectivización stalinista fue tardía pero traumatizante en esta región de la Unión Soviética; las deportaciones masivas de 1949 alcanzaron la dureza que otras Repúblicas sufrieron a partir de 1929. De esta dura experiencia quizás derive una política de transformación drástica y rápida.

El problema de la heterogeneidad étnica subsiste, aunque con otros datos⁴². La presencia rusa en Lituania es apenas distinta de la de principios de siglo, en torno al 10%, pero por el contrario ha alterado la estructura étnica de Estonia, donde alcanza el 30%, y ha aumentado su participación en la pirámide demográfica de Letonia, donde es del 33%, con una acusada concentración en la capital, donde representa cerca de la mitad del censo. ¿Qué trato van a recibir las minorías? Es de temer que el imaginario histórico depare una suerte negativa a los polacos en Lituania, donde se han iniciado medidas que hacen sospechar un intento de forzar una migración solapada para reducir este componente étnico⁴³. Necesitarán imaginación y prudencia los gobernantes de las tres Repúblicas para no crear tensiones étnicas innecesarias y para, respetando lengua y cultura de los pueblos alógenos, proceder a una política de recuperación de la identidad nacional.

En cualquier caso se trata de la segunda independencia, fenómeno singular en la historia de los nacionalismos. Sin duda en ella los gobernantes disponen de unas referencias y una experiencia de la que las personalidades de la primera carecían. Los problemas y las soluciones del período auroral de la independencia conquistada en 1918 serán previsiblemente, como mínimo, tema de estudio para los gobernantes bálticos y, en cuanto piezas estas Repúblicas de un continente plurinacional, han de serlo para los interesados en la construcción de Europa.

⁴² Vid. *Le Monde Diplomatique*, mayo 1990. En particular el artículo de Catherine GOUSSEF: «Le nationalisme lituanien face aux minorités ethniques».

⁴³ «El País». 10 septiembre 1991.